

## 6. Una guerra contra la intemperancia

Ningún joven o señorita podría haber sido tentado con mayor rigor que Daniel y sus compañeros. A estos cuatro jóvenes hebreos se les asignó vino y carne de la mesa del rey. Pero ellos eligieron ser *temperados*. Vieron que los peligros estaban por todos lados, y que si resistían la tentación, debían hacer los esfuerzos más decididos de su parte, y confiar los resultados a Dios.

Los jóvenes que desean permanecer como Daniel permaneció deben esforzar sus poderes espirituales al máximo, cooperando con Dios y confiando plenamente en la fuerza que Él ha prometido a todos los que vienen a Él en humilde obediencia.

Existe una guerra constante que debe mantenerse entre la virtud y el vicio. Los elementos discordantes de uno y los principios puros del otro están obrando, luchando por el dominio. Satanás se acerca a cada alma con alguna forma de tentación en cuanto a la complacencia del apetito.

La intemperancia es terriblemente prevalente. Miremos donde miremos, contemplamos este mal que es cariñosamente cultivado. A pesar de los esfuerzos realizados para controlarla, la intemperancia va en aumento. No podemos ser demasiado diligentes en procurar impedir su progreso, en levantar a los caídos y en proteger a los débiles de la tentación.

Con nuestras débiles manos humanas podemos hacer muy poco, pero tenemos un Ayudador infalible. No debemos olvidar que el brazo de Cristo puede alcanzar las profundidades mismas de la miseria y degradación humanas. Él puede darnos ayuda para vencer incluso el terrible demonio de la intemperancia.

No hay una clase de personas capaz de lograr más en la guerra contra la intemperancia que los jóvenes temerosos de Dios. En esta era, los jóvenes de nuestras ciudades deberían unirse como un ejército, firmemente y con decisión, para oponerse a toda forma de indulgencia egoísta y destructora de la salud. ¡Qué poder podrían ser para el bien! ¡A cuántos podrían salvar de llegar a

desmoralizarse en los salones y jardines equipados con música y otras atracciones para seducir a la juventud!

La intemperancia, la profanidad y la lascivia son hermanas. Que cada joven temeroso de Dios se ciña la armadura y avance al frente. Pongan sus nombres en cada compromiso de templanza presentado. Así, prestarán su influencia a favor de firmar el compromiso e inducirán a otros a firmarlo. Que ninguna excusa débil los disuada de dar este paso. Trabajen por el bien de sus propias almas y por el bien de los demás.

Los jóvenes y señoritas que afirman creer la verdad para este tiempo solo pueden complacer a Jesús uniéndose en un esfuerzo para enfrentar los males que, con influencia seductora, se han introducido en la sociedad. Deben hacer todo lo posible para detener la corriente de intemperancia que ahora se extiende con poder desmoralizador por toda la tierra. Al darse cuenta de que la intemperancia tiene partidarios abiertos y declarados, aquellos que honran a Dios toman su posición firmemente contra esta marea de mal por la cual hombres y mujeres son arrastrados rápidamente a la perdición.

Los seguidores de Jesús nunca se avergonzarán de practicar la templanza en todas las cosas. Entonces, ¿por qué debería ruborizarse de vergüenza algún joven al rehusar la copa de vino o la jarra espumosa de cerveza? Negarse a complacer un apetito pervertido es un acto honorable. Pecar es indigno de un hombre; complacer hábitos dañinos de comer y beber es débil, cobarde, degradado; pero negar el apetito pervertido es fuerte, valiente, noble.

En la corte babilónica, Daniel estaba rodeado de atractivos para el pecado, pero con la ayuda de Cristo mantuvo su integridad. El que no puede resistir la tentación, cuando todas las facilidades para vencer han sido puestas a su alcance, no está registrado en los libros del cielo como un hombre.

Atrévete a ser un Daniel. Atrévete a permanecer solo. Ten el coraje de hacer lo correcto. Una reserva cobarde y silenciosa ante los malos compañeros, mientras escuchas sus artimañas, te hace uno con ellos.

«Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis cosa inmunda; Y yo os recibiré, Y seré a vosotros por Padre, Y vosotros me seréis hijos e hijas» (2 Corintios 6:17, 18).

En todo momento y en toda ocasión se requiere coraje moral para adherirse a los principios de la estricta templanza. Podemos esperar que, siguiendo tal curso, sorprenderemos a aquellos que no se abstienen totalmente de todo estimulante; pero, ¿cómo vamos a llevar adelante la obra de reforma si nos conformamos a los hábitos y prácticas dañinas de aquellos con quienes nos asociamos?

Las santas inteligencias del cielo observan el conflicto que se desarrolla entre el tentador y el tentado. Si el tentado se aparta de la tentación, y en la fuerza de Jesús vence, los ángeles se regocijan; porque Satanás ha perdido en el conflicto.

En nuestro favor, Cristo, cuando estaba debilitado y sufría a causa del hambre, libró la batalla contra el apetito y venció a Satanás. En el nombre y la fuerza de Jesús, todo joven puede vencer al enemigo hoy en el punto del apetito pervertido.

Mis queridos jóvenes amigos, avancen paso a paso, hasta que todos sus hábitos estén en armonía con las leyes de la vida y la salud. El que venció en el desierto de la tentación declara:

«Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21).